

FORO SOBRE LA CREACION EN LA BIBLIA

LA CREACION DE LOS SALMOS

Mario Prilotensky, Hebreo

A quién tengo yo en los cielos?
Y fuera de tí nada deseo en la tierra.

La veneración del eterno, bendito sea, no excluye la estimación de sus obras en la naturaleza. Al contrario, torna admirable al mundo porque es admirable, y por ser obra de Dios, del mismo modo que torna imperativa la ley por ser obra de él.

En los Salmos *Tehilim* el poeta canta la belleza del mundo, subrayada con detalles que acentúan la magnificencia del conjunto.

1. Dios Creador del Mundo

El salmista habla de la grandiosidad de Dios en la naturaleza. Describe la creación siguiendo la historia según figura en el primer capítulo del Génesis; creíase antiguamente que la tierra era una masa plana que descansaba sobre un abismo de aguas; los cielos eran una bóveda que cubría la tierra como una tienda o cortina, y también la bóveda celeste estaba rodeada de agua. La morada de Dios, o altos aposentos, descansaba sobre las aguas que cubrían la bóveda.

... Haces brotar en los valles manantiales
que entre los montes corren;
bebida dan a todas las bestias del campo
y allí apagan su sed los onagros;
junto a ellas habitan las aves del cielo
y entre el ramaje, hacen oír su canto.

... Cuán grandes son tus obras oh Señor!
con sabiduría todas las hiciste;
llena la tierra está de tus criaturas.
... Cantaré al Señor mientras yo viva;
entonaré loores a mi Dios mientras yo exista.
borrados sean de la tierra los pecadores
y ya más no sean los malvados.

Bendice al Señor alma mía, aleluya! *Salmo 104*

2. Sobre la Naturaleza y el Hombre

Los salmistas amaban la belleza, la majestad y las maravillas del mundo. Consideraban al mundo como las galas con que se cubría Dios. El mundo cuyo conocimiento inmediato tenían era la tierra

santa; sus cielos azules y su cálido sol, sus brillantes estrellas, y plateada luna, sus flores, árboles, montañas y collados, sus desiertos y alturas rocosas, sus pequeñas corrientes, sus refrescantes lluvias y sus iracundas tormentas. Sus heladas, brumas y nieves; sus bestias salvajes y sus insectos, sus hermosos pájaros, todo ésto conocían y amaban los salmistas y extraían de ellos una lección: Quién creó este mundo maravilloso y su abundancia? Quién guiaba a los planetas en sus cursos? Quién protegía a los animales en el campo y en la selva y les daba sus instintos y su entendimiento? Quién daba belleza, fuerza y majestad a toda la creación? Dios! Los salmistas, pues, alabaron a Dios creador del universo, su guía y protector. De tal conocimiento extrajeron los salmistas fortaleza y ánimo, fe, esperanza y entereza.

3. Sobre el Hombre en el Mundo de Dios

El salmista dice que si bien Dios es el creador del universo, El ha dado al hombre, no obstante su debilidad física, el dominio sobre el mundo en que vive.

Qué es el hombre para que de él te acuerdes?
 Y el hijo del hombre para que de él cuides?
 Sin embargo, apenas menor que los ángeles lo hiciste,
 y de gloria y honor lo coronaste.
 Todas las cosas en su poder pusiste;
 las aves del aire, los peces del mar. . .
 Oh Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra. *Salmo 8*

4. Sobre Dios en la Naturaleza y en la Ley

El salmista explica cómo se revela Dios a los hombres por medio de la gloria de la naturaleza, y en la ley moral con sus preceptos y mandamientos; de suerte que Dios es no sólo el creador de la naturaleza, sino también el poder que promueve la justicia entre los hombres.

. . . Los cielos proclaman la gloria de Dios
 y el firmamento anuncia la obra de sus manos
 transmite la palabra el día al día y la noche a la noche
 el conocimiento revela.
 No hay discursos, no hay palabras, ni se escucha su voz,
 empero su mensaje se difunde por la tierra toda
 y sus palabras llegan al confín del mundo. . . *Salmo 19*

5. Al Final de la Vida

Este salmo opone la eternidad de Dios a la brevedad de la vida humana. De este contraste extrae el salmista la lección de que debe-

mos valorar cada día de nuestra existencia. Expresa la esperanza de que Dios dará alegría a los hombres en su corta vida y que El hará, que las obras de ellos, perduren en el mundo.

Señor, tú has sido nuestro refugio
de generación en generación.

Antes que los montes fuesen creados
o antes que formaras la tierra y el mundo
de eternidad a eternidad, tú eres Dios.

Tú tornas en polvo al hombre y dices: volved, hijos de hombres!
pues mil años ante tus ojos son como el día de ayer cuando ha pasado
y como una vigilia en la noche. . .

Por la mañana, son como hierba que brota,
florece en la mañana y crece;

a la tarde es cortada y se marchita. . .

Y a nuestros años ponemos fin como a un relato.

. . . Enseñanos pues a contar nuestros días
para que adquiramos sabiduría de corazón. . .

sácianos de mañana con tu gracia

para que estemos alegres y contentos nuestra vida entera

y sea sobre nosotros la benignidad del Señor

y confirma sobre nosotros la obra de nuestras manos.

Confirma, sí, la obra de nuestras manos. *Salmo 90.*

Sean los versículos de los distintos capítulos o Salmos leídos aleccionadores. Sean ellos portadores de tantos loores a Dios, la naturaleza y el hombre. Sin embargo, valdría la pena volver sobre los versículos más destacados y enfáticos, para encontrar en ellos el sentido que ésta, la Décimo-quinta Semana Bíblica, persigue. Crear la responsabilidad que hemos perdido, como directos interesados en el equilibrio de la naturaleza; y conscientes de que somos parte integral de la creación, conscientes que la humanidad en su magnífica evolución puede llegar a destruir tanto como construir, ser partícipes no sólo de dicho sino también de hecho, en la superación y renovación del medio que compartimos!

LA CREACION EN ISAIAS CAPS. 40-55

Paul Goring, Evangélico

Se puede señalar las fechas del período en el cual cada profeta ejercía su ministerio, en la mayoría de los casos, por la mención que cada profeta hace de los reyes que fueron sus contemporáneos. Las dinastías de los sucesivos reyes marcaban el almanaque de los tiempos antiguos. Isaías, en el comienzo del libro que lleva su nombre, menciona los reyes Uzías, Jotam, Acáz y Ezequías como los que ejercían el dominio durante el período de su ministerio. Esto ubicaría la época profética de Isaías desde el año 740 antes de Cristo, que fue el año en que murió Uzías, hasta el año 701 antes de Cristo como

primer término para la terminación de sus profecías, por cuanto Isaías habla de estar presente cuando Senaquerib rey de Asiria puso sitio contra Jerusalén, cosa que sucedió en el año 701 antes de Cristo aproximadamente. Esto daría a Isaías un período de 40 años de ministerio como mínimo; no sabemos cuántos años más estuviera activo en su rol de profeta.

Por cuanto Isaías hace referencia a las condiciones que existían durante la época de cautiverio que la nación de Judá sufrió en la tierra de Babilonia a partir del año 605 antes de Cristo, muchos eruditos alegan que Isaías mismo no escribió la última parte del libro, reconociendo como escrito suyo los primeros 39 capítulos únicamente. Sin pretender ser experto en la materia, diré que la distinción entre varios autores no la hicieron los personajes del Nuevo Testamento. Tanto Mateo como Marcos atribuyen a Isaías una cita del capítulo 40 con referencia a Juan el Bautista, y Lucas reconoce a Isaías como autor del trozo leído por Jesús del capítulo 61. De hecho, aun cuando fuera otra persona quien escribiera desde el capítulo 40 en adelante de este libro, la sublimidad de los conceptos que expresa y la certeza de las predicciones que hace, dan evidencia convincente de que el que inspira y autoriza este contenido es el Espíritu de Dios.

La porción que estamos contemplando aquí tiene amplias referencias a la creación, las cuales el profeta utiliza como punto de partida para introducir temas de importancia profética. Uno de estos temas lo anuncia en el capítulo 40 y vss 21 al 24:

No sabéis? No habéis oído? El que está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas, él extiende los cielos como una cortina, y los despliega como una tienda para morar. El convierte en nada a los poderosos y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana. Como si nunca hubieran sido plantados, como si nunca hubieran sido sembrados, como si nunca su tronco hubiera tenido raíz en la tierra; tan pronto como sopla en ellos se secan, y el torbellino los lleva como hojarasca.

Aquí, en un lenguaje poético que caracteriza el profeta desde el comienzo hasta el fin de sus escritos, Isaías se proyecta hacia adelante más de cien años hasta el tiempo angustioso que sus compatriotas futuros hubieran de vivir como una nación de presos en la tierra de Babilonia.

Humillado el pueblo de Dios bajo el poderío pagano de este imperio, entonces el más poderoso del mundo, tuvieron que pasar 70 años sin libertad para volver al terruño de la tierra santa. En esta acongojada situación, las palabras del profeta les aseguran que el Dios que señorea en la creación, que extiende los cielos como una cortina y los despliega como una tienda para morar, sabrá convertir en nada a los poderosos que los oprimen y hacer a los que gobiernan en la tierra como cosa vana. Esta promesa constituye para el pueblo de Dios un fuerte aliento y esperanza, y al mismo tiempo se dirige a los que

logran prosperarse a fuerza de oprimir a los humildes, que su poderío es temporario y su orgullo será reducido a vergüenza. No puede perdurar ningún régimen que se levante sobre el hombro encorvado del pueblo explotado.

La promesa de la reivindicación del pobre, da motivo para que Isaías invite a la misma creación a participar en alegre celebración. En el capítulo 49 y vs 13, dice:

Cantad alabanzas, o cielos, y alégrate, tierra, y prorrumpid en alabanzas oh montes; porque Jehová ha consolado a su pueblo, y de los pobres tendrá misericordia.

Nuestro Valle de Aburrá es ejemplo del hecho de que la explotación desvergonzada del pueblo anda al paso con el despojamiento despiadado de la naturaleza. En medio de la incomparable belleza que una vez fue la cuenca que ocupa nuestra ciudad, la codicia del hombre ha creado un charco de humo asfixiante en la atmósfera otrora cristalina. Las masas cuyo trabajo descompensado produce las riquezas y confort de las minorías que se benefician en una medida desproporcionada de esta situación, quedan obligadas a vivir en cuevas de concreto o bahareque en una forma completamente fuera de armonía con el ambiente natural que Dios ha creado para su goce. Con razón el apóstol Pablo escribiera ocho siglos después de Isaías:

...el ardiente anhelo de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. ... porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de la corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

La misma obra creadora de Dios protesta contra los abusos que los hombres con nuestra avaricia rapaz hemos hecho contra ella.

Pero como ya hemos visto, hay promesa de una restauración de la naturaleza a un estado de armonía con las necesidades del hombre. Vez tras vez repite el profeta en los capítulos que estamos considerando, esta promesa de restauración. En el capítulo 41 y vs 18 al 20, Isaías dice:

En las alturas abriré ríos y fuentes en medio de los valles; abriré en el desierto estanques de aguas, y manantiales en tierra seca. Daré en el desierto cedros, acacias, arrayanes y olivos. ... para que vean y conozcan que la mano de Jehová hace esto, y que el Santo de Israel lo creó.

Esta alegre perspectiva de aridez convertida en abundancia Isaías la coloca dentro del contexto de la restitución de su pueblo esparcido en el destierro, a los antiguos terrenos que Dios en milenios pasados había prometido como herencia en perpetuidad a la descendencia de Abaham, cual descendencia es precisamente el pueblo Israel. En el capítulo 43, que comienza con palabras de consuelo a un Is-

rael gimiendo en cautiverio, por medio de la pluma del profeta Dios dice a su pueblo:

No temas, porque yo estoy contigo; del oriente traeré tu generación, y del occidente te recogeré. Diré al norte: Da acá, y al sur: No detengas; trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra. . .

Esto habla claramente del retorno de Israel a su antigua heredad, dejada en ruina durante el esparcimiento de su pueblo entre las naciones, una ruina producida por la negligencia de las gentes paganas que ocupaban los terrenos santos durante la ausencia de Israel. En este contexto Dios promete otra vez la fructificación de la tierra en los vs 19 y 20:

Otra vez abriré caminos en el desierto y ríos en la soledad. Las fieras del campo me honrarán, los chacales y los pollos del avestruz, porque daré aguas en el desierto y ríos en la soledad, para que beba mi pueblo, mi escogido.

El visitante a la tierra de Israel el día de hoy verá la evidencia viva y real de esta realidad. Los extensos sistemas de riego alimentados por pozos que han sido perforados por los colonos judíos que desde todas partes de la tierra han vuelto a la tierra santa, especialmente desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, han hecho que el desierto floreciera como la rosa.

La restauración, la fecundidad de las tierras áridas, lograda por el esfuerzo humano, tiene una consecuencia alegre tanto para el hombre como la misma naturaleza. Esto es muy obvio y no necesita elaboración para que nos convenzamos, pero vale la pena leer la expresión que Isaías hace de esta alegría en el capítulo 51, vs 3:

Ciertamente consolará Jehová a Sion; consolará todas sus soledades y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerta de Jehová; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de júbilo.

Los que vivimos en Colombia debemos tomar conciencia de la lección que hay para nosotros en las palabras de Isaías a Israel. Tanto a nosotros como a Israel, Dios nos llama a establecer una relación armoniosa entre el hombre y la creación material. Dios nos ha entregado esta creación para que la fructifiquemos y para utilizarla para el provecho de todos cuanto la habiten. Pero la concentración actual de los terrenos en manos de inversionistas que pudieren explotarlos con el fin de producir fibra, café y hasta estupefacientes para el mercado de exportación en lugar de sustancias nutritivas para nuestras propias gentes, está resultando en el encarecimiento de alimentos y creando la miseria y el hambre entre nuestro propio pueblo. En forma perversa, estamos haciendo uso de las técnicas más eficientes para

rael gimiendo en cautiverio, por medio de la pluma del profeta Dios dice a su pueblo:

No temas, porque yo estoy contigo; del oriente traeré tu generación, y del occidente te recogeré. Diré al norte: Da acá, y al sur: No detengas; trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra. . .

Esto habla claramente del retorno de Israel a su antigua heredad, dejada en ruina durante el esparcimiento de su pueblo entre las naciones, una ruina producida por la negligencia de las gentes paganas que ocupaban los terrenos santos durante la ausencia de Israel. En este contexto Dios promete otra vez la fructificación de la tierra en los vs 19 y 20:

Otra vez abriré caminos en el desierto y ríos en la soledad. Las fieras del campo me honrarán, los chacaes y los pollos del avestruz, porque daré aguas en el desierto y ríos en la soledad, para que beba mi pueblo, mi escogido.

El visitante a la tierra de Israel el día de hoy verá la evidencia viva y real de esta realidad. Los extensos sistemas de riego alimentados por pozos que han sido perforados por los colonos judíos que desde todas partes de la tierra han vuelto a la tierra santa, especialmente desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, han hecho que el desierto floreciera como la rosa.

La restauración, la fecundidad de las tierras áridas, lograda por el esfuerzo humano, tiene una consecuencia alegre tanto para el hombre como la misma naturaleza. Esto es muy obvio y no necesita elaboración para que nos convenzamos, pero vale la pena leer la expresión que Isaías hace de esta alegría en el capítulo 51, vs 3:

Ciertamente consolará Jehová a Sion; consolará todas sus soledades y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerta de Jehová; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de júbilo.

Los que vivimos en Colombia debemos tomar conciencia de la lección que hay para nosotros en las palabras de Isaías a Israel. Tanto a nosotros como a Israel, Dios nos llama a establecer una relación armoniosa entre el hombre y la creación material. Dios nos ha entregado esta creación para que la fructifiquemos y para utilizarla para el provecho de todos cuanto la habiten. Pero la concentración actual de los terrenos en manos de inversionistas que pudieren explotarlos con el fin de producir fibra, café y hasta estupefacientes para el mercado de exportación en lugar de sustancias nutritivas para nuestras propias gentes, está resultando en el encarecimiento de alimentos y creando la miseria y el hambre entre nuestro propio pueblo. En forma perversa, estamos haciendo uso de las técnicas más eficientes para

que las tierras produzcan elementos no nutritivos mientras las hortalizas se cultivan sin ayudas mecánicas en pequeñas parcelas sobre las faldas pendientes de las montañas en la manera menos eficiente y más costosa. Al mismo tiempo, las divisas que resultan de esta relación desequilibrada que hemos establecido con la naturaleza y nuestros mismos compatriotas, estas divisas se están concentrando en manos de pocas personas quienes por ello pueden utilizarlas para controlar los mercados y encarecer cada vez más los artículos de absoluta necesidad.

Dios nos está juzgando por estos abusos, por medio de la violenta protesta del pueblo hambriento, que recurre a la petulancia, el engaño, el raterismo y el atraco para poder subsistir. Esto nos obliga a hacer de nuestras casas fortalezas y prohibir a nuestras mujeres transitar las calles de noche.

La pregunta del profeta Isaías en el capítulo 55 bien pudiera ser dirigida a nosotros: Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? En igual manera debemos oír la invitación de Isaías a su pueblo castigado por su avaricia:

Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonarnos.

Si atendemos arrepentidos a esta invitación, entonces la consiguiente promesa será nuestra también:

... con alegría saldréis, y con paz seréis vueltos; los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso. En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán, y será a Jehová por señal eterna que nunca será raída.

EL HOMBRE ENCUENTRA A DIOS EN LA CREACION

Lucía Victoria Hernández

Cuando aparece el libro de Job, el pueblo de Israel ha dejado de ser nómada para ser sedentario. El hombre empieza entonces a tomar conciencia de la dignidad humana; la pregunta por la existencia se hace más acuciante y cambia la manera de encontrar a Dios.

Al principio el pueblo de Israel encontró a Yahvé a través de la historia; los hechos de su historia eran acciones salvíficas de Dios que se reactualizaban en el culto; pero después del destierro cuando el pasado pierde su sentido, el culto para muchos es un formalismo vacío, el hombre encuentra a Dios en la creación, surge el concepto de Yahvé - creador.

era bueno. Ahora Job, se ve incapaz de explicar los misterios de la naturaleza, se da cuenta de que todo está en manos de Dios porque sólo El lo dirige y lo conserva. Reconoce su insuficiencia, retira su queja, sabe que debe callar y que su suerte está en manos de Dios. Se siente movido en lo más profundo de su ser por el gobierno de Dios.

Dios ha dejado que la creación hable en su lugar. La naturaleza le pertenece, está a su disposición, de tal forma que hablando de sí misma habla de Dios. Es al mismo tiempo un testimonio abrumador de la manera como Dios se torna hacia el mundo que desafía todos los criterios de la racionalidad y de la economía humana: la lluvia que cae sobre el desierto, la vida inútil del búfalo y el asno salvaje son objeto de la atención de Dios, y todo revela el regocijo de Yahvé en su creación. Se establece y se manifiesta una íntima relación del creador con sus criaturas.

Job desde su nacimiento está en manos de Dios: "Tus manos me formaron, ellas modelaron todo mi contorno, y ahora me aniquilas? Recuerda que me hiciste de barro, y me vas a devolver al polvo? No me vertiste como leche? No me cuajaste como queso? No me forraste de carne y piel? No me tejiste de huesos y tendones? No me otorgaste vida y favor, y tu providencia no custodió mi espíritu?" (10, 8-12). Al colocarse ahora frente a la naturaleza, reconoce que él está incluido en el plan de Dios en cuanto obra del mismo creador. Es el encuentro personal del hombre con Dios.

Ahora comprende Job que Dios no se esconde; que si él lo creía ausente, allí estaba; el silencio de Dios se da, cuando el hombre no sabe entender su lenguaje. Toda la creación habla de Dios. La creación tiene algo que decir al hombre que quiere escucharla.

Para que el hombre pueda sintonizar la melodía armoniosa de las obras de la creación, es condición que la palabra de Dios se pronuncie; cuando el hombre escucha esta palabra, la creación no revela un orden universal racional, sino que la palabra pronunciada desde el principio, sale de su escondite y entra en relación de comunión con la criatura, relación que hace que la criatura pueda captar y comprender el milagro y el misterio como bienes de infinito valor, capaces de satisfacer todas sus ansias.

Job no comprendió los misterios del cosmos. Tampoco su sufrimiento terminó. Pero el encuentro personal con Yahvé le dió un nuevo sentido; su dolor tiene un puesto en la creación que es incomprensible para quienes no entienden el plan de Dios.

El hombre con la complejidad de sus sufrimientos, es un misterio tan oscuro en sí mismo, que sólo la confrontación con el amor de Dios lo puede volver lúcido. Job es la humanidad que sufre, lucha, se desespera, busca una respuesta, pero sólo encuentra el silencio de Dios. El no llega a Dios de una manera racional, sino a partir de la

contemplación de la creación, en un encuentro vivencial que le permite exclamar:

Sólo de oídas te conocía
Mas ahora te han visto mis ojos! (42. 5)

LA CREACION EN EL LIBRO DE LA SABIDURÍA

Néstor Giraldo

El libro de la Sabiduría, acogido desde el principio por la Iglesia en el canon de las Escrituras y usado ya por San Pablo en sus cartas a los Romanos y a los Colosenses, con alusiones muy probables en Efesios y claras en la epístola a los Hebreos, ejerció una influencia profunda en el Evangelio de San Juan. Las relaciones del Verbo con el Padre y con los hombres las expresa el evangelista en términos que dejan traslucir un fondo de este libro; tanto en los escritos de Juan como en la Sabiduría se entiende de una misma manera la historia del mundo y de los hombres: un combate sin fin entre la luz y las tinieblas, la vida y la muerte y una segura victoria de la luz sobre las tinieblas, a pesar de los pasajeros triunfos de las tinieblas.

Es este libro fruto de la piedad ilustrada de un desconocido israelita de la comunidad de Alejandría, hacia mediados del último siglo de la era precristiana.

Viviendo en un emporio cultural que había heredado la filosofía y la ciencia de Atenas, el autor da muestras de una mente profundamente religiosa formada en el amor de su pueblo y la fe en las grandes verdades del credo mosaico. Desde ese mirador abierto sobre el mundo dirige una mirada hacia la cultura helénica y, sin renunciar a sus convicciones de fervoroso israelita, recibe aires frescos y renovadores de las corrientes más puras de los grandes pensadores griegos. Sin ser un versado en las diversas vertientes de esa cultura, parece que le son familiares las grandes corrientes de pensamiento. Esto le lleva a hacer, no un cómodo eclecticismo, a manera de una imposible simbiosis de lo judío y lo helénico, sino unos planteamientos de una lucidez y una seguridad que sólo el dominio de la lengua griega y alguna iniciación en su cultura le permiten. Siendo inseparables lengua y civilización, este hombre inteligente y perspicaz aparece como un soplo del más puro humanismo proyectado sobre un mundo israelita que corría el riesgo de enclaustrarse ante el temor de un contagio pagano, de convertirse en isla solitaria por no querer acercarse a la porción de verdad que le ofrecía el pensamiento griego.

Su lenguaje fluye fácilmente, a veces en cascadas de adjetivos imposibles de verter al molde hebreo. Si bien es cierto que la frase corta e incisiva del "mashal" y las sentencias de los Proverbios y el

Qohelet tienen un sabor de vino añejo, dejan, sin embargo, un poco la sensación de un solo de flauta o violín; en cambio, el autor de la Sabiduría, porque la agilidad y riqueza de la lengua griega se lo permiten, nos deja la sensación de un armonioso conjunto musical que recoge en una melodía básica los acordes que percibe su alma, podríamos decir de poeta, al entrar en contacto con el mundo y la historia.

Esto es lo que da un tono especial a su mirada sobre la creación: es un monoteísta que conoce bien el pensamiento de Isaías sobre los ídolos y siente por ellos desprecio; sabe muy bien que su Dios es creador del cielo y de la tierra; lo ha aprendido desde niño al oír leer la Torah en la sinagoga y al entonar los salmos cuando toma parte en las asambleas litúrgicas.

Su creencia en Dios creador está bien cimentada y sus ideas son bien claras: La mano todopoderosa de Dios, a la que nada le resulta difícil, creó el mundo y lo organizó a partir de aquel caos inicial que era creencia general de los pueblos del Antiguo Medio Oriente (Cf. Sab. 11, 18).

De esta acción de Dios surgió una creación que es un espejo donde se reflejan su poder y su grandeza. Pero hace falta una mente sana y un corazón humilde para poder leer lo que en cada creatura dejó escrito su Hacedor. Aquella actitud de noble ingenuidad ante el Señor de todo, que llamamos fe, es la que permite decir a quien mira la creación:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando, con sola su figura.
vestidos los dejó de su hermosura.

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y tu hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura" (S. Juan de la Cruz).

No sólo es creador omnipotente, sino providente gobernador de lo creado: "Todo lo dispusiste con medida, número y peso. Porque el realizar cosas grandes siempre está en tu mano, y al poder de tu mano quién puede resistir? Pues todo el mundo es delante de tí como un grano de arena en la balanza y como una gota de rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pero tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia; pues amas todo cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho; pues si tú hubieras odiado alguna cosa, no la habrías formado. Y cómo podría subsistir nada si tú no quisieras o cómo podría conservarse sin tí? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas" (Sab. 11, 21-27).

Esta actitud providente de Dios lleva al autor sagrado a invocarle con el nombre de Padre, poco frecuente en el Antiguo Testamento: "Úno se propone navegar, se dispone a atravesar por las furiosas olas, e invoca a un leño más frágil que la nave que le lleva, pues ésta fue inventada por la codicia y el lucro y fabricada con sabiduría por un artifice. Pero tu providencia, oh Padre, la gobierna porque tú preparaste un camino en el mar, y en las ondas senda segura" (Sab. 14, 1-3).

Las obras creadas por Dios están para uso y utilidad del hombre: "No quieres que las obras de tu sabiduría estén ociosas. Por esto los hombres confían sus vidas a un frágil leño y, atravesando las ondas en una balsa, llegan a salvo" (Sab. 14, 5).

Para el escritor sagrado resulta imposible la idolatría dominante en el mundo que le rodea. El culto de los astros, gracias a la astrología, ganaba adeptos en Alejandría como en otro tiempo en Babilonia; en ellos y en las fuerzas naturales divinizadas se originaba ese inmenso panteón que poblaba de simulacros los templos y las avenidas de las ciudades griegas. Todo esto es desconocimiento de la idea verdadera de Dios: "Vanos son por naturaleza todos los hombres en quienes hay desconocimiento de Dios, y que a partir de los bienes visibles son incapaces de ver al que es, ni por consideración de las obras conocieron al artifice. Sino que al fuego, al viento, al aire ligero, o al círculo de los astros, o al agua impetuosa, o a las lumbreras del cielo tomaron por dioses rectores del universo. Pues si seducidos por su hermosura los tuvieron por dioses, debieron conocer cuanto mejor es el Señor de ellos, pues es el autor de la belleza quien hizo todas las cosas. Y si se admiraron del poder y la fuerza, debieron deducir de aquí cuánto más poderoso es su plasmador; pues en la grandeza y hermosura de las criaturas, proporcionalmente se puede contemplar a su Hacedor original" (Sab. 13, 1-5).

Esta ceguera que no permite descubrir a Dios es más culpable en los sabios y científicos, que no escaseaban en Alejandría: haciendo un uso superficial de su inteligencia se detienen en mitad del camino, "porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?" (Sab. 13, 9).

Esto permitió a San Pablo afirmar: "La ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres que en su injusticia aprisionan la verdad de Dios" (Rom. 1, 18).

Pero el escritor sagrado no quiere ser pesimista: para él el idólatra es un afanoso buscador de Dios que trata de hallarle donde no está: "Pero sobre éstos no recae tan gran reproche, pues por ventura yerran buscando realmente a Dios y queriendo hallarle" (Sab. 13, 6). Será esta la reflexión que San Pablo introducirá ante los soberbios atenienses en el areópago: "El Dios que hizo el mundo y todas las

cosas que hay en él... fijó las estaciones y los confines de las tierras habitables por ellos para que busquen a Dios y siquiera a tientas le hallen que no está lejos de cada uno de nosotros" (Act. 17, 24. 2cb. 27).

Podríamos preguntarnos, para terminar esta breve reflexión: qué actualidad tiene para el hombre de hoy el mensaje sobre la creación que nos da el libro de la Sabiduría?

Yo me atrevo a responder así:

El pagano de la antigüedad greco-romana era un hombre atormentado por la búsqueda de Dios, como lo fue también el del Antiguo Oriente: el ateo era impensable para aquellas culturas. En su afanosa búsqueda, como nos lo dijo el Libro de la Sabiduría, ubicaron mal a Dios: lo situaron en el mar, en el sol, en los astros, en las fuerzas de la naturaleza. Pero trataron de encontrarlo. La literatura de Grecia y Roma se hace ininteligible para quien no conoce su panteón: Horacio invoca a menudo a sus dioses, Virgilio cree encontrar más cercano su patrocinio en Roma, los griegos hacían libaciones y ofrecían sacrificios para obtener la benevolencia de sus divinidades, los ritos y misterios de Eleusis buscaban una comunidad del hombre con Dios.

El pagano de nuestro mundo moderno huye de Dios; la autosuficiencia del científico lo ha llevado a preguntarse: "¿Es que tenemos aún necesidad de Dios?" A nuestro siglo había de corresponderle ver desarrollarse un movimiento denominado "ateísmo científico". Basta recordar la frase que un poema dedicado al astronauta Yuri Gagarin pone en su boca: "Dejo la tierra por el bien de la tierra. Mi Dios es el hombre".

Acaso no publicó profusamente la prensa la orden impartida a los astronautas soviéticos de buscar a Dios en los espacios siderales? Recordemos también cómo su respuesta de no haberle hallado contrastó con la actitud creyente de los astronautas norteamericanos que al llegar por primera vez a la luna recitan desde su cápsula la narración bíblica de la creación y entonan desde el espacio el salmo 19: "Los cielos pregonan la gloria de Dios".

EL AMOR DE DIOS EN LA CREACION

Hna. Lilia Sprockel

La Creación es un hecho revelatorio del Amor de Dios. Dios es el Amor por excelencia y el Amor es dinámico, por eso Dios ama creando

De aquí nace nuestra vocación cristiana de construir siempre el futuro, ya que el cristianismo no puede ser una nostalgia del pasado.

Pablo en Colosenses 1, 13ss. nos muestra cómo la Creación, que es fruto del amor salvífico de Dios, alcanza su pleno sentido en Cristo Jesús. Cristo es el centro, el mediador y el fin de la creación. Cristo es el centro de la creación, porque en El fueron hechas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, las visibles y las invisibles. Todo lo creado tiene su razón de ser en Cristo. El fin de la creación es también Cristo, ya que todo fue creado en El y para El; todo el universo fue creado y continúa su existencia para El, meta de todo lo existente. Y Cristo es el mediador, en El toda la creación se reconcilia con Dios: "Y quiso el Padre que en El habitase toda la plenitud y por El reconciliar consigo todas las cosas en El. . .". Pablo nos presenta al Padre restableciendo la paz entre sí y todo lo creado, por la sangre de Cristo Jesús. Por tanto, la reconciliación en la paz tiene una consecuencia cósmica. El drama de la aceptación o rechazo de la llamada de Dios al hombre, tiene siempre por escenario la creación.

Hoy este hecho revelatorio del Amor de Dios, que es la creación, tiene una profunda significación para el creyente en:

- La búsqueda del misterio cósmico.
- La búsqueda del misterio humano.
- La búsqueda del misterio de Dios.

En esta búsqueda el hombre ejercita sus facultades humanas, mediante las cuales formaliza los estímulos sensoriales, percibiendo de esta manera los elementos de su entorno como realidades. Gracias a su capacidad creadora, el hombre convierte las cosas de su entorno en medios. Es maravilloso ver cómo el medio del hombre ha ido creciendo históricamente, de manera que ese ser humano creado por Dios a su imagen y semejanza, puede mediatizar todas las cosas que la creación le ofrece como entorno. Así, la atmósfera que le fue ofrecida como medio para respirar, el hombre la ha convertido en medio humano de transporte.

Y cuando el hombre se abre al Amor de Dios, experimenta en esta lucha progresiva de búsqueda y conquista, la dinámica salvadora del Creador e interpreta como huella significativa del poder y amor creador de Dios, la armonía existente en las leyes naturales, y aún las imprevisibles sorpresas de esas leyes que no son completamente dominadas por el ingenio humano.

Hace casi 25 siglos, Heráclito que consideraba el Logos como la totalidad de la realidad imperante y al filósofo como el que buscaba desentrañar la esencia de esa realidad, afirmaba: "El filósofo es el hombre que consigue hacer un silencio tal que logra oír la voz de la realidad, la voz del universo". Esa contemplación silenciosa de la Creación, según él, comunicaba un saber de la bondad natural de la realidad.

Y hace pocos años Heisenberg en su obra: "Cambios recientes en los fundamentos de las Ciencias Exactas", afirmaba: "La ciencia moderna ha sido obligada por su propia naturaleza, a plantearse la antigua cuestión de la posibilidad de llegar a la realidad mediante el pensamiento. . .".

Es que el hombre siempre será el eterno investigador del misterio cósmico, del misterio humano y el hombre siempre buscará descubrir el rostro de Dios escondido, que se revela a través de su actuación en la historia de ese hombre, que es un ser anclado en el mundo, pero abierto a un más allá que trasciende todo lo cósmico.

Hoy que vivimos prisioneros en las selvas de cementos que son nuestras ciudades, necesitamos ponernos en contacto con la creación fresca: con las flores, con las montañas, con los valles, con los cielos azules, donde brota espontáneamente desde nuestro ser íntimo la plegaria del salmista:

"Señor Dios nuestro
que admirable es tu nombre
en toda la tierra.
Cuando contemplo el cielo
obra de tus manos,
la luna y las estrellas
que has creado,
me pregunto: Qué es el hombre,
para que así cuides de él? . . ."

Hermanos, el hombre es ese ALGUIEN objeto del Amor Salvador de Dios, manifestado en la Creación.

LA SEGUNDA CREACION

Lucas Díaz, Adventista

Cuando se habla de la segunda creación, se piensa en esos textos bíblicos que dicen: "porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra: y de lo primero no habrá más memoria, ni más vendrá al pensamiento". *Isaías 65:17*.

"Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra, que yo hago, permanecen delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra simiente y vuestro nombre". *Isaías 66: 22*.

"Y ví un cielo nuevo, y una tierra nueva: porque el primer cielo y la primera tierra se fueron, y el mar ya no es. Yo Juan ví la Santa Ciudad, Jerusalem nueva, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y

la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas". *Apocalipsis 21: 1-4*.

No solamente son cielos y tierra nueva, sino un hombre nuevo; en fin la creación de Dios que cesa de ser mancillada por el pecado y ahora es restaurada al plan original de Dios. Es una nueva creación en donde se manifiesta la SOBERANÍA absoluta de Dios.

La nueva creación expresa la culminación del acto salvífico de Dios a través de Cristo Jesús, y ahora, todo lo que en ella hay, sin excepción alguna, da gloria a Dios el Creador.

Nuevos cielos y nueva tierra implican también nuevas criaturas; hombres y mujeres que han sido transformados, unos resucitados de entre los muertos justos y otros trasladados de entre los justos vivos, por la gracia de Jesucristo; re-creados a semejanza de su carácter e imagen, hechos idóneos por el poder de la cruz y así poder estar delante del Creador del Universo y disfrutar de esos nuevos cielos y tierra nueva. Así que, tanto los cielos nuevos, la tierra nueva y el hombre regenerado por el Espíritu Santo, son testimonios vivos del poder creador y soberanía de Dios.

Esta nueva creación da testimonio también de la veracidad e infalibilidad de la palabra de Dios. Es el cumplimiento fidedigno de la promesa hecha por primera vez en Génesis 3:15 (el Proto-Evangelio) y a través de todo el Antiguo Testamento. Es el cumplimiento cabal de esa promesa personificada en Cristo Jesús y en todo el Nuevo Testamento. Es el cumplimiento de sus palabras registradas en Juan 12: 32 y que dicen: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo". Es la consecuencia de la manifestación máxima del amor, misericordia y justicia de Dios manifestados en la cruz del calvario.

La segunda creación es una revelación de lo que ojo no vio ni oreja oyó. Es la revelación del verdadero Dios al verdadero hombre, el hombre regenerado. Es la restauración de la comunión, gozo, alegría, vida y hogar perdidos a causa del pecado. Deja ver al Creador nuevamente en medio de su pueblo como Dios. Muestra la Vindicación de Dios, del hombre y de la creación de Dios totalmente vindicada y restaurada ante el universo. Habla del rotundo fracaso de Satanás y del triunfo total de Dios.

Basada en el plan de la Redención, arraigada en la vida, ministerio, crucifixión y muerte, ascensión, intercesión y venida con poder y gloria de Cristo, la nueva y segunda creación, implica que todos los que desean ser partícipes de ella deben:

- a. Vivir la vida y representar la verdad según él la representó.
- b. Tener la abnegación que él tuvo.
- c. Tener la comunión con el Padre que él sostuvo.
- d. Guardar los mandamientos como él los guardó.

Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad. (Ap. 22: 14).

e. Acatar el consejo de Apocalipsis 21: 8

Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.

f. Acatar el consejo de Gálatas 5: 18-21

Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.

g. Dar fruto del Espíritu Santo que es,

El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. (Gálatas 5: 22-23).

Si así hacemos y por la gracia de Cristo cumplimos con los consejos y recomendaciones de Dios en palabra, de cierto que haremos lo que dicen Isaías y Juan:

Edificarán casas y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos. (Isaías 65: 21-22).

Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes y de día de reposo en día de reposo, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová. (Isaías 66: 22-23).

Ví un cielo nuevo y una tierra nueva porque el primer cielo y la primera tierra, pasaron y el mar ya no existía más. Y yo Juan, ví la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada por su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron. (Apocalipsis 21: 1-4).

DIOS CREADOR

Homilía sobre Gen. 1, 1-2, 4a. y Col. 1, 15-20

Gustavo Baena, S. J.

Los textos que hemos escuchado nos invitan a una reflexión profunda no solo sobre la manera como Dios es interpretado en la Biblia y principalmente sobre su acción creadora, sino algo más, estos textos también nos sitúan responsablemente dentro del propósito que Dios tiene con toda su creación.

A primera vista se podría pensar que el autor del primer relato del Génesis sobre la creación estaría pensando en una creación original de todas las cosas al principio de los tiempos y que el Dios Creador, una vez terminada su obra, se habría retirado o se habría marginado de ella para situarse como más allá de las nubes, y desde ese sitio miraría la marcha, un poco automática y solitaria, de toda esa creación. Sin embargo, cuando se mira este texto con un poco más de sentido crítico, se verá que su autor está colocado seguramente a muy poco tiempo después del Cautiverio de Israel en Babilonia, y que en su mente tiene unos propósitos muy definidos, dado el peligro a que había sido expuesta la fe en un Dios único del Pueblo elegido, durante su permanencia en Babilonia.

El autor no está mirando estrictamente sino el universo que lo rodea y que él mismo capta en ese momento, y está explicando que todo ello está siendo una resultante del poder creador de Dios. Por otra parte, si él deja entender que "Dios creó en el principio los cielos y la tierra" (Gn 1, 1) o "Estos fueron los orígenes de los cielos y la tierra cuando fueron creados" (Gn 2, 4), no es, de ninguna manera, para afirmar, que, una vez terminada su obra, Dios se retira y deja, en consecuencia, funcionando y bien terminado todo el concierto de la creación. Muy por el contrario, el autor entiende que Dios todo lo está haciendo, no solo al principio sino siempre; es decir, que la acción creadora, no es un hecho todavía terminado, ni que solo se dió en el principio de los tiempos, sino una acción ininterrumpida, tan larga y tan continua como es la existencia misma de los seres. En otras palabras, lo propio de Dios es estar siempre creando; y el mundo en todo momento está siendo siempre el objeto de la acción creadora de Dios.

Si nos atrevemos a pensar de esta manera sobre el sentido de creación en el primer relato del Génesis, no es a título de una interpretación forzada o arbitraria. Bastaría, para confirmarse en ello, mirar el sentido de creación que aparece en la Segunda parte de Isafas. En efecto, este escrito profético está en el mismo contexto histórico que el mencionado primer relato de la creación del Génesis y am-

bos tienen además intencionalidades comunes. Solo que en la segunda parte de Isaías el objeto propio de la acción creadora de Dios, es ante todo el mismo Israel; y es desde todo punto de vista evidente que el Israel que allí aparece como resultante de la acción creadora de Dios, es el Israel del preciso momento del autor. Pero es más, el autor tiene conciencia de que Dios no solamente ha estado creando a Israel sino que continúa creándolo, aún no ha terminado su obra. En otros términos, la acción creadora de Dios sobre su pueblo es continua y se extiende a todos los pasos que da en el devenir de su historia.

Esta primera reflexión ya nos deja ver de alguna manera que el Dios que se descubre en la Biblia es, ante todo, un Dios Creador; más concretamente, lo que Israel percibe de Dios es su acción creadora. La Biblia no hace propiamente definiciones acerca de Dios, a la manera como solemos hacerlo nosotros en nuestra mentalidad filosófica occidental; nosotros por regla general definimos las cosas, por medio de una acumulación de conceptos abstractos, e inclusive, a Dios mismo lo tratamos de la misma manera. Israel no percibe propiamente la esencia de Dios, él no se interroga por este problema, su mentalidad, típicamente oriental, está muy lejos de ponerse en la tarea de indagar los constitutivos internos o las honduras de la esencia de Dios, con el ánimo de cercarlo o definirlo. La mentalidad de los autores de la Biblia es más práctica y realista, ellos sólo perciben y expresan de Dios lo que de Dios es perceptible, a saber, su acción creadora. Es sobre esta acción creadora y sobre su tendencia o intencionalidad concreta sobre la cual ellos se interrogan, y con fe y honestidad.

Pero es más, esa acción creadora de Dios es mucho más cercana e inmediata en la historia misma del Pueblo elegido. Por eso, para ellos, esta historia es el punto clave o el lugar privilegiado que Israel tiene para percibir a Dios. En otras palabras, la historia es el lugar de experiencia de Dios para Israel. Por eso se puede observar a través de la Biblia, cómo este pueblo vuelve, a menudo, sobre sus propios pasos del pasado, distingue todos los momentos y actuaciones de sus personajes que van construyendo su historia, para interpretarlos desde el punto de vista de su fe, con el ánimo de leer en todo ello cuáles son las tendencias o intencionalidades que Dios tiene cuando empuja y dirige la historia de su pueblo. Es decir, Israel descubre la intención de Dios con ellos, a fin de colocarse en esa misma línea de intencionalidad y colaborar responsablemente con su Dios.

Esta singularidad del Pueblo de Dios no solo lo llevó, pues, a descubrir la acción inmediata de Dios en su historia y en el mundo, sino algo más, lo condujo a pensar muy claramente que El está creando el mundo y sobre todo su pueblo con un propósito muy definido. Por eso dice Isaías "Ha jurado Yahweh Sebaot diciendo: Tal como

la había ideado así fue y como lo planeé, así se cumplirá. . . Este es el plan tocante a toda la tierra y ésta la mano extendida sobre las naciones. Si Yahweh toma su decisión, quién la frustrará? Si él extiende las manos quién se las hará retirar? (14, 24-26s). Esto significa entonces que la acción creadora de Dios no es ciega, ni incierta, ni está improvisando, sino clara y precisa en sus fines. . . Por eso para quienes tienen fe, este mundo tiene un rumbo definido y situarse en ese rumbo es darle seguridad a la propia existencia.

Todo esto significa, entonces, que el Dios que se deja percibir en la Biblia es un Dios infinitamente responsable, que no abandona su creación, que está comprometido con su obra y que forcejea con su poder infinito en la menuda construcción del mundo. Una maravillosa página del Libro de la Sabiduría dice: "Pues el actuar con inmenso poder siempre está en tu mano. . . Te compadeces de todos, porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odiases, no lo habrías hecho. Y cómo habría permanecido algo si no lo hubieses querido? Cómo se habría conservado lo que no hubieses llamado? Mas tú con todas las cosas eres indulgente, porque son tuyas. Señor que amas la vida" (11, 21. 23-26).

Si después de captar este sentido de la creación de Dios lanzamos una mirada escrutadora sobre nosotros mismos y precisamente nos detenemos en el hecho de que también nosotros somos creaturas, necesariamente tendremos que interrogarnos y muy a fondo, que si en verdad somos creaturas y uno solo es el creador, no podemos en manera alguna, desvincularnos de todo el resto de la creación. Somos como una pequeña molécula, muy significativa sin embargo, dentro de todo el concierto de lo creado, pero eso sí, con una incalculable responsabilidad de integrarnos en esa misma creación, es decir, de situarnos inteligentemente dentro de ese rumbo global hacia el cual la efectiva intencionalidad de Dios conduce este mundo sobre el cual estamos plantados.

Pero es más, la aparición de creaturas inteligentes y libres en el mundo no es un simple adorno de la creación. Dice el Génesis: "Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra y dominadla". . . (1, 27s). El hombre tiene una función capital, por voluntad del mismo Dios en el mundo. En este relato el hombre aparece como si fuera un pequeño Dios en las manos del Creador. Dios está creando y continúa creando, pero emplea en su obra creadora la inteligencia y la libertad del hombre. Este viene a convertirse en un agente visible del mismo Dios. El Creador como que entiende y actúa por la inteligencia y las manos del hombre. Somos, pues, los seres humanos un elemento tan necesario en la acción creadora de Dios! No puede ser, sino grave peca-

do que el hombre se sitúe fuera de esta responsabilidad. Esto significaría evidentemente que cada vez que el hombre se despreocupa de esta responsabilidad está limitando o entorpeciendo la acción creadora de Dios.

Por eso cuando las cosas se miran desde este punto de vista de la revelación de Dios, se ve claramente que el mundo mismo de las investigaciones técnicas, el descubrimiento y empleo de las fuerzas secretas de la naturaleza, el cultivo y embellecimiento de la tierra, la transformación progresiva e inteligente de los elementos del mundo y la articulación coherente y constructiva de los mismos, las técnicas sociales y políticas que hacen que el hombre pueda vivir una vida más humana y no inhumana y el empleo de los medios creados que hacen de la vida del hombre una entusiasta y optimista existencia. La labor de los campesinos en la tierra y la de los obreros en las múltiples fuentes de trabajo de las ciudades, todo esto y mucho más no es otra cosa que el alargamiento y concretización de la acción creadora de Dios, por medio de la inteligencia y de las manos del hombre.

Nada más inexacto, ni nada más ajeno a una interpretación técnica y honesta de la Biblia, que pensar que el mundo que Dios está construyendo va hacia un rumbo incierto; o que en la intención de la Revelación se prevea un desenlace pesimista y fatal de la historia o una catástrofe universal que traería como consecuencia la desaparición de la humanidad o el empobrecimiento del cosmos o cosas semejantes.

Es cierto que la literatura apocalíptica, tan abundante en los siglos cercanos a la época de Jesús, prevé una catástrofe. Pero esta catástrofe no es de destrucción del hombre sino el derrumbamiento del poder del mal y en consecuencia, la dominación definitiva del orden de cosas de Dios. La época final o escatológica que coincide precisamente con la época mesiánica, es interpretada por la literatura apocalíptica como la era histórica en la cual se revela definitivamente, cuál es la manera concreta y última ideada por Dios, para combatir el pecado y la muerte total del hombre; y este es el caso de la fuerza del Cristo muerto y resucitado y su auténtico mesianismo. Por eso para quienes tenemos fe, la apocalíptica nos revela una seguridad del fin del mal sobre la tierra y en consecuencia, el éxito de la obra creadora de Dios y la más optimista y consoladora visión de la historia.

Otra de las consecuencias de esta visión sobre la acción creadora de Dios en la Biblia que estamos reflexionando, es la ubicación precisa del mal en el mundo. La revelación después de haber recorrido diversas etapas en su proceso para alcanzar la comprensión de la totalidad del plan de Dios, nos muestra con suficiente claridad que definitivamente el mal está en la historia y no en el resto de las cosas creadas; el mal se ubica en el corazón del hombre. Ya una página

muy antigua de la Biblia decía: "Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre, porque las trazas del corazón humano son malas desde su niñez" (Gn 8, 21). Pero más directamente el Libro de la Sabiduría: "No os busquéis la muerte con los extravíos de vuestra vida, no os atraigáis la ruina con las obras de vuestras manos; que no fue Dios quien hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes; él todo lo creó para que subsistiera; las creaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte, ni poder de la muerte sobre la tierra. Pero los impíos con las manos y las palabras llaman la muerte" (1, 12-16).

Pero la Biblia es sensible en mostrar, que a pesar de la ubicación del mal dentro del hombre, sin embargo, ese mal que radica en su interioridad influye fatalmente en el resto de la creación. Testigo claro de esta interpretación es el relato segundo de la creación en el Génesis Cap. 3. Allí es solamente el hombre el que peca, pero su pecado repercute en las cosas creadas y son éstas las que entonces se tornan hostiles al hombre y se vuelven contra él. El mundo pierde su belleza y se torna oscuro cuando se mira a través del pecado del hombre.

Mientras que de otro lado la misma Biblia hace entender que el hombre en estado de conversión y en buenas relaciones con su Dios, se sitúa por ello mismo en una verdadera hermandad frente al cosmos. La naturaleza ya no aparece como su enemiga ni se torna implacable contra él. En el Cap. 11, 1-9 de Isaías y en el Cap. 34, 23-31 de Ezequiel se nos revela la época mesiánica como una verdadera invasión del Espíritu de Dios, que abarca y endereza todas las facultades y funciones del hombre. Pero es más, como reflejo directo de esta situación de justicia mesiánica, ese mismo hombre enderezado por Dios resulta no solo protegido por los elementos de la naturaleza, sino también en una sorprendente hermandad aún con los animales venenosos y feroces del mundo. Y más adelante, en la etapa final del proceso de la Revelación, cuando el hombre descubre su destino trascendente, según el Plan de Dios, y el modo concreto cómo él se hace capaz de llegar a su glorificación al lado de Dios Padre, por medio del Espíritu del Cristo Resucitado, el Apóstol S. Pablo nos revela una enigmática e insospechada perspectiva según la cual el cosmos, el mundo corpóreo, también participa de la glorificación del hombre. Dice en la Carta a los Romanos: "La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquél que la sometió, en la esperanza de ser libertada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (8, 20s).

Pero las cosas son todavía más sorprendentes en el texto que hace poco escuchábamos de la Carta a los Colosenses (1, 15-20). La obra salvadora de Jesucristo no solo reconcilia al hombre con Dios, sino que a través del mismo hombre reconcilia con Dios todas las cosas.

La encarnación del Hijo de Dios es un hecho que toca no solo la liberación del hombre sino que toca también la liberación del Cosmos. Y Jesucristo, por otra parte, se coloca en consecuencia no sólo a la cabeza de todo el género humano sino también a la cabeza de todo el universo. Todo está pues impregnado por la eficacia de la Encarnación. Jesucristo por ser cabeza no solamente se constituye en una supremacía, sino en una función vital: en el Cuerpo místico lo propio de Jesús es dar vida a todos los que quieran articularse en su cuerpo, creyendo en él. De igual manera si Jesucristo por la Encarnación se constituye en cabeza de todo el universo, es precisamente para ejercer sobre él toda una función reconciliadora con Dios. La fuerza del Resucitado llena todo el universo y llega hasta la intimidad misma de la materia y toda ella se conmueve, se articula, se unifica en la participación de la glorificación de los Hijos de Dios.

Es evidente, entonces, que el hombre y el Cosmos están profundamente hermanados por la nueva creación en Jesucristo. Pero cuando estas sorprendentes verdades de la Revelación se desdoblán en un sentido práctico, dejan ver con claridad que es Jesucristo, desde el hombre destinado por infinita bondad de Dios a la trascendencia, el que influye en el ordenamiento del universo.

Amables cristianos, ante estas realidades que nos presenta la Revelación, no podemos permanecer indiferentes. Es menester tomar responsabilidades. Los seres humanos no estamos solos, como si camináramos sobre un cosmos ajeno a nuestro destino. Las cosas creadas, no son, en forma alguna, una traba que estorba o se diferencia de nuestra propia salvación. Es responsabilidad del cristiano hacer penetrar la fuerza transformante del Cristo Resucitado sobre eso que llamamos la materia, los elementos del mundo, las fuerzas de la naturaleza. Ellos no son malos, ellos son la resultante de divina Creación y también objeto de divina reconciliación y con ellos, por voluntad de Dios, estamos unidos en el rumbo único y definitivo hacia el cual nos impulsa el Creador. Esto significa que el mundo espera de nosotros una acción también cristianizante. Hemos pensado con seriedad y hondura en el rumbo total del universo? Hemos colocado entre los intentos mismos de nuestra conciencia el colaborar efectivamente con el Creador en la conducción, transformación y terminación de este mundo que nos rodea ya proyectado hacia su fin propio, de tal manera que todo ese cúmulo de fuerzas no se vuelvan como enemigas contra el hombre y lo condenen o lo destruyan, sino que colaboren con él en la búsqueda de su trascendencia y se asocien inclusive a su propia glorificación?

Hermandos muy queridos, la Revelación nos sitúa ahora ante interrogantes de nuestra condición de hombres de fe a la creación que nos rodea. Que sea nuestra conciencia la que responda a estos interrogantes.